3793

SINESIO DELGADO

LAS DOS REINAS

ZARZUELA EN SIETE CUADROS EN PROSA ORIGINAL

MÚSICA DE

Rafael Calleja y Tomás Barrera.

Representada por primera vez
en el **GRAN TEATRO** el día 8 de Abril de 1911.

MADRID
DON RAMÓN DE LA CRUZ, 21
1911

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/lasdosreinaszarz13815call

LAS DOS REINAS

LAS DOS REINAS

ZARZUELA EN SIETE CUADROS EN PROSA

ORIGINAL DE

SINESIO DELGADO

MÚSICA DE

Rafael Calleja y Tomás Barrera.

Representada por primera vez
en el **GRAN TEATRO** el día 8 de Abril de 1911.

MADRID
IMPRENTA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado, bajo.
1911

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los representantes de D. Sinesio Delgado y de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
La Reina	D.ª Úrsula López.
Maristela	» Carmen Andrés.
La camarera mayor	» Luisa Moscat.
Frutos	D. C. Ortas (hijo).
El primer ministro	» Miguel Lamas.
Jefe de policía	» Ignacio Mescguer.
El hostelero	» Joaquín Valle.
Un oficial	» Simón Escrich.
Un guardia	» Antonio Soriano.
Nelín	» José M.ª Castejón.
Aldeano 1.º	» Vicente Salvador.
Idem 2.º	» Francisco Vallejo.

Cortesanos.—Pajes.—Damas.—Soldados.—Guardias.—Pueblo.

La acción en el Estado imaginario de Marfilia.

Derecha é izquierda las del actor frente al público.

609557

CUADRO PRIMERO

Telón corto de costa.—El mar muy cerca.—Es de día.

ESCENA I

Dos ALDEANOS salen precipitadamente por la izquierda.—Poco después llegan por la derecha NELIN y FRUTOS, éste macilento y casi desmayado.

ALD. 1.° Os digo que lo he visto bien desde el ribazo. Un bote con un hombre á bordo se ha estrellado contra las peñas.

ALD. 2.° Se habrá hecho añicos en seguida.

ALD. 1.° Naturalmente. Gracias á que estaba cerca Nelín, que nada como un pez, se ha echado al agua inmediatamnte y ha vuelto á salir con el hombre en brazos.

ALD. 2.° ¿Muerto?

ALD. 1.° ¿Yo qué sé? ¡No! vivo y sin novedad, puesto que aquí llega por su propio pie.

ALD. 2.° Parece extranjero. (Sale Nelín y Frutos.)

NEL. Vamos, ánimo, buen hombre. Ya está usté en salvo. Todo se ha reducido al susto.

FRU. Pero ¡qué susto, camarada! ¡De órdago á la grande!

NEL. Está usted desfallecido.

FRU. Como que hace cuarenta y ocho horas que no tomo más que las gotitas de agua salada que salpicaban el bote y que saben á demonios.

ALD. 1.° ¡Pobre hombre! Aquí, en mi cabaña, que está cerca, podrá tomar una taza de caldo y una copa de vino.

FRU. ¡Vino! ¡Caldo! ¡Dios mío! Este país es Jauja.

NEL. No, señor: es Marfilia.

FRU. ¿Marfilia? Es la primera vez que oigo ese nombre.

ALD. 1.° ¡Pues vendrá usté del otro mundo!

FRU. Casi, casi, porque vengo de España. Me embarqué en Málaga para el Brasil en un buque donde me admitieron de limosna y donde comía puede decirse que de milagro. A los quince días de navegación se desencadenó una tempestad, el barco perdió el timón y la hélice y quedó hecho una boya. El mar, ¡ya saben ustedes lo que es el mar! jugó con él llevándole y trayéndole, hasta que á los quince días una segunda tempestad le echó á pique en veinte minutos.

NEL. ¿Y el pasaje?

FRU. Se salvó en los botes. Yo me quedé á bordo porque he sido indeciso siempre; pero viendo que aquello se hundía cogí un saco de galletas y una cesta de botellas de vino y me metí en esa cáscara, que daba tumbos sobre cubierta. En cuanto me vi solo en la inmensidad me comí todas las galletas, me bebí todo el vino y, como no sé remar, ni sé nadar, ni sé hacer nada de provecho, me tumbé en el bote y me dije: «Sea lo que Dios quiera.» Lo que Dios ha querido ya lo han visto ustedes: que á los dos días del lance, muerto de hambre y de sed, viniera á estrellarme en esas rocas.

NEL. ¡Quién sabe! Acaso haya usted hecho su suerte. ¿A qué pensaba usted dedicarse en América?

FRU. A lo que saliera buenamente.

ALD. 1.° Pero ¿qué profesión es la de usté?

FRU. ¿Profesión? Ninguna. Pero estoy dispuesto á todo con tal de no trabajar.... ¿Ustedes creen que aquí podré arreglármelas?

NEL. Es difícil. Los tiempos están muy malos.

FRU. Vamos, sí; como en mi tierra.

ALD. 1.° El país es muy pobre.

FRU. Como el mío.

NEL. Y por el hambre y los malos gobiernos hay revueltas y motines á todas horas.

FRU. ¡Nada! que he salido de Málaga y he entrado en Malagón.

ALD. 1.° Hay mucha gente que quiere trabajar y no encuentra dónde

FRU. Eso la que quiere trabajar; con que la que no quiere... ¡Ay! si á usté le parece, buen amigo, recordemos lo del vino y el caldo.

ALD. 1.° Es verdad, el pobre se está cayendo.

NEL. Añadiremos un trozo de cordero por mi parte.

ALD. 2.° Y un pedazo de pan por la mía.

FRU. Gracias, señores, gracias... (¡Qué amables! ¡qué cariñosos!... ¡Cielos! ¡qué sospecha!... ¿Serán antropófagos y querrán engordarme para...?)

NEL. Andando, andando.

FRU. Sí, sí, andando. (Pan, cordero y vino... ¡Sea lo que Dios quiera.) (Vanse todos por la izquierda.)

Música.

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

Gran salón en el palacio real de Marfilia.

ESCENA II

Un OFICIAL paseándose por el foro. El PRIMER MINISTRO que sale por la primera derecha. Luego la CAMARERA MAYOR, por el foro izquierda.

MIN. Buenos días, señor Moncada.

OFIC. (Saludando militarmente.) A la orden de Vuecencia.

MIN. Y Su Majestad, ¿está visible?

OFIC. Tengo orden de no dejar pasar á nadie.

MIN. ¿Ni al primer Ministro?

OFIC. A nadie absolutamente.

MIN. Pues es una tecla, porque el asunto que me trae es de verdadera importancia.

OFIC. Aquí viene la Camarera mayor, que podrá influir para que se deje el paso á Vuecencia.

MIN. ¡Hombre, me alegro!

CAM. (Saliendo.) Felices, señor conde.

MIN. Marquesa...

CAM. ¿Cómo tan de mañana en palacio? ¿Viene usted á presentar la dimisión definitivamente?

MIN. Hoy no, porque tal vez me la admitirían, y ya sabe usted que no la traigo más que cuando sé que no me la admiten.

CAM. Pues, ¿qué pasa?

MIN. Algo muy grave que interesa por igual á la monarquía y al gobierno.

CAM. ¡Jesús! Me pone usted en cuidado.

MIN. Ha pedido el retiro el jefe superior de la armada, á causa de ciertos rozamientos con sus subordinados.

CAM. Vamos, y viene usted á pedir que no se le conceda.

MIN. Al contrario; vengo á decir á Su Majestad que se le otorgue en el acto y nombre en su lugar á mi yerno.

CAM. ¡Por Dios, conde! Eso no corre prisa.

MIN. ¡No ha de correr, señora! Usted no sabe los disgustos que dan los yernos de los ministros cuando no se les complace inmediatamente.

CAM. Pues yo no puedo anunciar ahora la visita de usted, porque Su Majestad está gravemente ocupada en negocios de alta trascendencia.

MIN. ¡Hola!

CAM. Sí, señor; está organizando con el montero mayor una cacería en Monte-Oscuro, para que la Corte se divierta durante una semana.

MIN. ¡Magnífica idea! Esperaré á que se vaya el montero mayor.

CAM. Es que luego entrará el intendente, para disponer un gran baile en Palacio.

MIN. ¡Pero eso no se va á acabar nunca!

CAM. Eso creo yo

OFIC. Señores: la Reina.

MIN. Marquesa, estaba usted enterada.

CAM. Ha suspendido las audiencias, sin duda.

ESCENA III

DICHOS.—Van saliendo por el foro izquierda guardias, pajes y damas, y, por último, la REINA, seguida de una escolta de oficiales.

Música.

CORO.

Siempre rebosa
felicidad,
siempre está hermosa
Su Majestad.

Es un modelo la Soberana
en la prudencia y en la virtud;
cuando aparece, fresca y lozana,
la vitorea la multitud.
Siempre rebosa
felicidad,
siempre está hermosa
Su Majestad.

REI. No es verdad;
que á veces en mi solio
me impiden ser feliz
las quejas de mis súbditos
que llegan hasta mí.
Aunque á la Corte
nada le importe
lo que en las calles
puede pasar,
y aunque haya fiestas
siempre dispuestas,
yo de la calma
no he de gozar;
que en el espacio,
junto á Palacio,
ronco y terrible
zumba el cañón,
y hasta sus puertas
llegan inciertas
las convulsiones
de la nación.

CORO. Señora, vuestros vanos
temores desechad,
que adoran vuestros pueblos
á Vuestra Majestad.

REI. No es verdad,
que á veces en mi solio
me impiden ser feliz
las quejas de mis súbditos
que llegan hasta mí.

CORO. Es un modelo la soberana
en la prudencia y en la virtud;
cuando aparece fresca y lozana
la vitorea la multitud.

Hablado.

REI. Felizmente, está aquí mi primer Ministro. Adelantaos, señor conde.

MIN. Señora...

REI. Explicadnos á qué obedece el descontento que, según dicen, existe en mis Estados.

MIN. Perdóneme Vuestra Majestad; pero no hay descontento.

REI. ¿En qué consiste, entonces, que con tanta frecuencia haya que dispersar las turbas á cañonazos?

MIN. ¿A cañonazos? Pero ¿ha oído Vuestra Majestad cañonazos?

REI. Muchas veces

MIN. ¡Ah! Salvas que se hacen en honor de Vuestra Majestad.

REI. ¿Y los gritos sediciosos?

MIN. ¿Los gritos? Cosas de cuatro desharrapados que se entretienen en eso sin saber lo que hacen.

REI. Pero ¿no están demasiado recargados los tributos?

MIN. No mucho, señora; lo suficiente para recompensar á los fieles servidores del Estado.

REI. De modo que, según usted, la nación está tranquila

MIN. Como una balsa de aceite, señora.

REI. Y los ciudadanos contentos...

MIN. Como unas castañuelas, señora. Se pasan los días bendiciendo á Vuestra Majestad y al gobierno que presido.

REI. Pues sea enhorabuena.

MIN. Gracias, señora. (Se oyen voces y tumulto dentro, pero de manera que no impidan el diálogo.)

REI. ¿Oís? ¿qué es eso?

CAM. La algarada de todos los días.

MIN. Gente desocupada que sale á paseo por las calles. (Arrecia dentro el tumulto, se dan algunos vivas y mueras ininteligibles)

REI. ¿Muera? ¿Dicen que muera?

MIN. No, no, ¡viva! Creo que han dicho viva.

REI. Id, id en seguida y enteraos de lo que ocurre.

MIN. A la orden de Vuestra Majestad. (Vase foro derecha.)

ESCENA IV

DICHOS, menos el PRIMER MINISTRO

REI. Vamos, señoras, caballeros; hablad vosotros. ¿Qué ocurre? (Pausa.) ¡Cómo! ¿Nadie contesta? ¿Es posible que ninguno de vosotros sepa nada? ¡La verdad pronto! ¡La Reina necesita saber la verdad!

CAM. Señora...

REI Gracias á Dios que alguien se decide á romper el silencio. Habla.

CAM. Es sabido que la verdad se detiene siempre á la puerta de palacio.

REI. ¡Cómo! ¿De modo que no puede llegar á mí de ninguna manera? ¿No hay modo de que yo pueda enterarme de lo que pasa? (Pausa.) ¿Todos calláis? ¿No sabe nada ninguno? Pues bien, puesto que la verdad no se atreve á penetrar en palacio para que no la conozca la Reina... ¡la Reina irá á buscarla á la calle!

CAM. Pero, piense Vuestra Majestad...

REI. ¡Silencio! Caballeros, señoras, todos los servicios se harán como si la soberana estuviese presente. ¡Me respondéis del secreto con vuestras cabezas! (Hace un ademán indicando que despejen y vase seguida de la Corte. Música qne enlaza con el número siguiente.)

Mutación.

CUADRO TERCERO

Plaza.

ESCENA V

Oyese dentro gritería y barullo como de muchedumbre amo tinada. A poco un toque de corneta y, en seguida, una descarga cerrada. Más gritos y ruidos de carreras. Algunos tiros sueltos, y, después, silencio profundo. El JEFE DE POLICIA y seis GUARDIAS con los sables desenvainados, aparecen andando cautelosamente y reconociendo el terreno, por el foro derecha.

Música.

JEF. Y GUA. Cuando las cosas
se ponen mal,
es gran recurso
la ley marcial.
Con el desfile
de un batallón
queda tranquila
la población.
Avancemos sable en mano
con espíritu valiente;
reprimamos suavemente
los conatos de motín.
Es preciso dar de plano
procurando no hacer nada,
porque al fin de la jornada
nunca hay gloria ni botín.
De los pobres guardias
no hace nadie caso,

porque aguantan siempre
la provocación.
Y si damos cargas
por salir del paso,
nos llaman salvajes
sin educación.
Por eso es útil
la ley marcial
cuando las cosas
se ponen mal.
Avancemos sable en mano
con espíritu valiente,
reprimiendo suavemente
los conatos de motín.
La consigna es dar de plano
procurando no hacer nada,
porque al fin de la jornada
nunca hay gloria ni botín.
¡Ni gloria ni botín!

Hablado.

JEF. Por hoy se acabó la función, que se repetirá mañana á la misma hora, como de costumbre. Ya se sabe, todos los días, al abrirse los mercados, tiros y carreras. Por de pronto, las calles han quedado limpias, y vamos viviendo... ¡Hola! Por allí anda un hombre, que no sabe dónde meterse, como un palomino atontado A ver, echármele mano en seguida. (Vanse dos guardias corriendo por la segunda izquierda.) ¿Está preparada la gente para dar los vivas delante de palacio?

GUA. Sí, señor.

JEF. Corriente; y á ver si no sucede lo que ayer, que me salieron dando mueras.

GUA. Como son los mismos que alquilan los revolucionarios, á lo mejor se confunden. (Entra Frutos empujado por los dos guardias que salieron á buscarle.)

ESCENA VI

DICHOS.—FRUTOS

FRU. ¡Que les digo á ustedes que esto es una equivocación, caramba! ¡que yo no me he metido con nadie!

JEF. ¡Eh! ¿qué es eso? Aquí no se protesta. ¿Qué andaba usté haciendo por las calles?

FRU. Buscando una fonda.

JEF. ¡Mentira! En esa misma calle hay dos, y no ha entrado usté en ninguna.

FRU. ¡Ah! pero es que la que yo busco no es tan fácil de encontrar como parece.

JEF. ¿Por qué?

FRU. Porque yo necesito una donde no cobren el pupilaje.

JEF. ¡Ea! basta de bromas. ¿Quién es usté?

FRU. ¿Yo? Un náufrago.

JEF. ¿Un náufrago aquí, á cinco leguas de la costa?

FRU. Sí, señor; cinco leguas que me eché ayer al coleto para venir á pasar la noche en un banco... Ya comprenderá usté que en el pueblecito de pescadores, donde me recogieron, el porvenir se me presentaba obscuro.

JEF. ¿Es usté extranjero?

FRU. Sí, señor; de Navalagamella.

JEF. ¿Dónde está eso?

FRU. Si no se lo han llevado todavía los ingleses... está en España.

JEF. ¿Tiene usté documentos que acrediten su personalidad?

FRU. ¡Hombre, por Dios! ¿dónde ha visto usté náufragos con documentos? Los que tenía, que eran unas papeletas del Monte, se hundieron con el equipaje, que era una camisa.

JEF. Pues comprenderá usté que tengo que llevarle á la cárcel por sospechoso.

FRU. Sí, señor, sí; lo comprendo. Y si en la cárcel dan de comer, no me importa.

JEF. Y comprenderá usté que si no explica lo que hacía en la calle, le darán cuatro tiros.

FRU. ¿Ve usté? Eso ya no lo comprendo. Con uno me sobra.

JEF. Pero se me ha ocurrido una idea.

FRU. ¿Es graciosa?

JEF. Es... que no sólo puede usté salvarse, sino hacer su suerte.

FRU. ¿Yo suerte? ¡Quiá! Verá usté cómo no.

JEF. ¿A usté no le conocerá nadie en la ciudad?

FRU. Nadie más que usté y estos amigos.

JEF. Pues puede usté prestar un gran servicio á la autoridad, al gobierno y á la monarquía.

FRU. Le advierto á usté que yo en Navalagamella era republicano.

JEF. ¡Ah! ¿sí? Pues los cuatro tiros.

FRU. Pero eso era en Navalagamella. Aquí... me es indiferente la forma de gobierno. Con que... usté dirá qué servicios puedo prestar á la autoridad.

JEF. Usté, como desconocido y extranjero, puede entrar en todas partes sin llamar la atención, oir lo que digan, vigilar á quien convenga...

FRU. No me diga usté más. ¡Policía! ¡mi sueño dorado!

JEF. ¿De veras?

FRU. Como que puede decirse que he nacido para eso, para oler donde guisan. Y ¿me pueden dar algo á cuenta del sueldo?

JEF. Nada; porque hasta ahora no es usté más que confidente. Según lo que usté haga será la gratificación.

FRU. Pero es el caso que, la verdad, sin tomar algo caliente, no hay quien haga nada de provecho.

JEF. Eso es razonable. Espere usted. (Llamando en la primera izquierda.) ¡A ver! ¿por qué está cerrada esta puerta? ¡Salvador! ¡Abre á la autoridad!

FRU. La autoridad soy yo... ¡Mecachis! Si cogiera aquí ahora á la patrona de la calle de Tudescos... ¡menudo servicio le iba á hacer á la monarquía!

ESCENA VII

DICHOS.—El HOSTELERO.

HOST. (Abriendo la puerta primera izquierda.) Usté perdone.

JEF. ¿Qué es esto? ¿Por qué no has abierto el establecimiento como todos los días?

HOST. Como ha habido jarana en el barrio...

JEF. Razón de más. Los industriales deben ayudar al gobierno no contribuyendo á la intranquilidad del vecindario.

HOST. Es que ya sabe usté que á lo mejor me lo rompen todo.

JEF. No importa. ¡Vivo! ya estás sacando las sillas y las mesas.

HOST. En seguida. (Entra y vuelve á salir á poco con un camarero que coloca á la puerta un velador y dos banquetas.)

JEF. (A Frutos.) Ahora tomará usté lo que quiera.

FRU. ¿Sin pagar?

JEF. De cuenta del Estado. El hostelero es de los nuestros.

FRU. ¡Ah! ¿es de los nuestros? ¿También confidente?

JEF. También. Pero no debe saber que usté lo es.

FRU. Entendido. (Este país es un encanto. Se debe vivir aquí como en la gloria.)

JEF. (Al hostelero.) Escucha, Salvador.

HOST. Usté manda.

JEF. Sirve á ese hombre lo que pida. Es un sospechoso á quien dejamos en libertad para seguir una pista, ¿entiendes?

HOST. ¿Cuántas consumaciones?

JEF. Una nada más, por si acaso. No conviene que abuse.

HOST. Corriente.

JEF. (A Frutos.) Quédese usté ahí. El hostelero está á sus órdenes. Dentro de un momento recibirá usté instrucciones. (A los guardias.) En marcha. Me da el corazón que este extranjero nos va á servir de mucho. (Vase seguido de los guardias.)

HOST. Usté dirá.

FRU. Pues... por de pronto, un vermouth bien cargadito. Y á la carrera ¿eh? (Se sienta junto á la mesa.)

HOST. En seguida.

FRU. ¡Ea! ya soy una persona importante. Bien dicen que los españoles necesitamos salir de España para hacer fortuna. (Sale un camarero y le sirve un vermouth, que él toma con todo sosiego durante el número siguiente.)

ESCENA VIII

FRUTOS.—La REINA.

Música.

REI. (Dentro.) Chicos y grandes
vengan á mí,
que es muy bonita, que es muy barata,
la mercancía que llevo aquí.
(Sale. Viene vestida de mujer del pueblo, traje vistoso y de capricho, vendedora de baratijas.)
Banderitas de muchos colores,
molinos de viento,
ramitos de flores;
conejitos que mueven la pata,
soldados de plomo,
sortijas de plata,
muñecas vestidas
de seda y percal,
estampas de santos
con marco especial...
Toda es bonita, toda es barata
la mercancía que llevo aquí:
¿quién no se acerca? ¿quién no contrata?
¡Chicos y grandes vengan á mí!
Cajas de música,
ratas mecánicas,
finos cronómetros
de precisión.
Timbres eléctricos,
cartas de horóscopo,
véase y pruébese
la colección.

No se ofrece otra ganga como esta
que llevo conmigo,
que traigo en la cesta.
Banderitas de muchos colores,
molinos de viento,
ramitos de flores.
De cartulina, cartón y plata,
de celuloide, goma y biscuit,
toda es bonita, toda es barata
la mercancía que llevo aquí.

Hablado.

FRU. No se cause usted, buena mujer, que no pasa un alma.

REI. Ya, ya veo que está el barrio desierto.

FRU. Como que no hay mejor escoba que los fusiles.

REI. ¿Y usted sabe por qué han sido los tiros?

FRU. Yo no sé nada. Soy forastero. (Llama dando palmadas.)

REI. A mí me han dicho que eran salvas en honor de la Reina.

FRU. ¡Je! ¡Je! ¡Salvas! (Sale el hostelero. La Reina se aparta un poco del grupo, pero sin perder una sílaba de lo que hablan los otros.)

ESCENA IX

DICHOS.—El HOSTELERO.

HOST. ¿Llamaba usté?

FRU. Sí; vengan inmediatamente unos calamares en su tinta y una ración de ternera con patatas.

HOST. ¿Por cuenta de quién?

FRU. ¿Por cuenta de quién ha de ser? Por cuenta del Estado.

REI. ¿Eh? ¿Del Estado?

HOST. No tengo orden de servirle más que una consumación.

FRU. ¡Pero si ha sido un vermouth!

HOST. Lo que usté ha pedido.

FRU. ¡Pues la hemos hecho buena! ¡Si yo lo tomé para que entraran los calamares más á gusto!

HOST. A las órdenes me atengo, amigo.

FRU. (Levantándose.) Pero, venga usté acá, ¿no es usté de los nuestros?

HOST. Según y conforme.

FRU. ¿Cómo según?

HOST. Usté ¿quién es?

FRU. Eso; uno de los nuestros.

HOST. Pues ande usté con ojo, que se le vigila. Fingen protegerle para cazar mejor á sus cómplices.

FRU. ¡Arrea! Pero entendámonos; ¿usted no es confidente de la policía?

HOST. Así parece, pero...

FRU. Pero, ¿qué?

HOST. ¡Chist! Esa mujer escucha.

REI. (Acercándose resueltamente.) Hablad sin miedo. Yo soy de los vuestros también.

FRU. ¿Eh? (Se me vienen á la mano los hilos. De esta hecha me hacen comisario.)

HOST. ¿De veras?

REI. De veras. En la gresca del mercado he gritado yo más que nadie.

HOST. Esa no es una razón.

REI. ¿Que no?

HOST. No; porque esos motines callejeros los promueve la policía.

REI. ¿Para qué?

HOST. Para tener el pretexto de encarcelar y desterrar á los del partido contrario.

REI. ¡Muy bien!

HOST. Y para que la Reina vea cómo la defiende el primer Ministro y le asegure en el poder para toda la vida.

REI. ¡Ah, canalla!

FRU. (A la Reina.) ¿Ves? Te la habían dado con queso.

HOST. Pero lo que se prepara es algo más grave.

REI. Ya lo sé. Una verdadera revolución contra el gobierno.

HOST. ¡Chist! O puede que alcance más arriba. Se trata de echar á la Reina.

FRU. ¡Eso! Y establecer... (¿Qué se tratará de establecer aquí, Dios mío?)

REI. Pero... ¿ustedes saben cómo es la Reina?

HOST. Yo sé... Lo que dice todo el mundo. Que dobla al pueblo á fuerza de contribuciones.

FRU. Eso.

HOST. Que no hay justicia más que para el que tiene padrino.

FRU. Eso.

HOST. Y que los de arriba gastan y triunfan, mientras los de abajo echamos las entrañas.

FRU. ¡Eso, eso y eso! (Pues sí que tiene buenos confidentes la policía.)

HOST. ¡Silencio! Que vienen.

FRU. Tráigame usté los calamares para disimular.

(Vuelve á sentarse. Vase el hostelero.)

REI. La verdad no podia entrar en Palacio; pero desde que estoy en la calle...

ESCENA X

La REINA.—FRUTOS.—El JEFE DE POLICIA.—Dos GUARDIAS.

JEF. (A Frutos.) ¿Ha concluído usté ya?

FRU. No, señor; no he empezado todavía.

JEF. Pues es demasiada calma. ¿Quién es esta mujer?

FRU. Una vendedora ambulante.

JEF. Me escaman los vendedores ambulantes. A ver la licencia.

REI. Licencia. ¿Para qué?

JEF. ¿Para qué ha de ser? Para vender esas baratijas.

REI. Perdone, señor; he empezado hoy el oficio, y no sabía que tenía que pagar nada por esto.

JEF. Pues se paga por eso y por todo, porque de alguna parte ha de salir lo que se gasta.

REI. ¿Y no sería mejor gastar algo menos que sacrificar á una pobre como yo?

JEF. ¡Ea! basta de conversación. A ver lo que llevas.

REI. Pues ya lo ve usté: banderitas, juguetes...

JEF. (Examinando la mercancía.) Y, como yo me figuraba, ninguno tiene el sello.

REI. ¿Cuál?

JEF. El sello que debe tener cada cosa.

REI. ¡Qué barbaridad!

JEF. A la Hacienda le gusta que haya sellitos en todas partes.

REI. ¿Que también cuestan el dinero?

JEF. Naturalmente. Pero, ¿vienes de Babia ó te estás burlando? Por de pronto, la mercancía está decomisada.

REI. Y eso ¿qué es?

JEF. Que el Estado, que soy yo, se queda con ella.

REI. ¡Eso sí que no!

JEF. ¡Eh! ¿qué insolencia es esa? ¡Venga eso!

REI. ¡Pero si es mío!

JEF. Ya no es tuyo; porque la autoridad lo deposita en su propio seno.

REI. Pero ¿quién manda semejante cosa?

JEF. ¿Quién ha de ser? ¡La Reina!

REI. ¿La Reina? ¿Y si yo le dijese á usté que, á pesar de eso, no me daba la gana?

JEF. ¡Cómo! ¿Desacato además? ¡Andando, á la comisaría!

REI. ¡A la comisaría yo!

JEF. Y desde allí... ya veremos. (A los guardias.) Haceos cargo de esta mujer, que me da mala espina. (Los guardias, con ligeras protestas de la Reina, se colocan uno á cada lado.)

FRU. (Aparte al jefe) Y con razón.

JEF. ¿Eh?

FRU. Es una conspiradora terrible.

JEF. ¿Tiene usté pruebas?

FRU. Definitivas. (Me gano el ascenso).

JEF. Silencio ahora. (Oyese dentro y lejano el paso-doble de una banda militar.) ¿Eh? ¿qué es eso? ¡Ah! el relevo de la guardia de palacio. Esperad que desfilen. (Quedan en primer término

la Reina y los guardias. En segundo el Jefe y Frutos. Por el último, y de izquierda á derecha, desfilan la música y una compañía de soldados.)

REI. El relevo de mi guardia. ¡El lance es estupendo! Los soldados van á palacio á guardar á la Reina... ¡mientras la Reina va á la cárcel!

Mutación.

CUADRO CUARTO

Cárcel.—La puerta al foro.

ESCENA XI

LA REINA.—Un GUARDIA.—Al fin MARISTELA

GUA. Aquí es donde tienes que esperar.

REI. ¿Hasta cuándo?

GUA. ¡Toma! hasta que te llamen.

REI. ¿Y tardarán mucho?

GUA. Pues pueden tardar veinticuatro horas... cuarenta y ocho horas... setenta y dos horas...

REI. ¡Qué barbaridad! ¿Y qué hago yo entretanto?

GUA. Puedes entretenerte en las labores propias del sexo. Pero no estarás mucho tiempo sola. Pronto caerá algún asesino, algún ladrón ó algún borracho.

REI. ¡Jesús!

GUA. No hay que hacer aspavientos, que no serías tú la primera que ha sacado de aquí una buena proporción para toda la vida.

REI. ¿Y no se podría conseguir que me llamaran á declarar pronto?

GUA. Se podría conseguir más. Se podría conseguir que te soltaran.

REI. ¿Cómo?

GUA. Ya se ve que eres novela. ¿No conoces á nadie con tienda abierta que te salga fiador?

REI. Conozco á muchísima gente, pero el caso es que no tiene tienda ninguno. Porque mis conocidos son todos los ministros, todos los generales, todos los obispos, todas las damas de la Reina...

GUA. ¿Estamos de chungueo? Pues que te diviertas. (Medio mutis.) ¿No lo dije? Ya tienes compañía.

MARI. (Dentro.) No hay que molestarse. Me encerraré yo sola.

REI. ¡Una mujer!

GUA. Esta es parroquiana. Viene cada lunes y cada martes. (Entra Maristela como un torbellino. Viste con lujo estrepitoso y trae un abrigo al brazo.)

MARI. (Al guardia.) ¡Hola! ¿eres tú? Ahí va esa tarjeta. Que la lleven en seguida.

GUA. ¿Donde siempre?

MARI. Sí; donde siempre. Y la contestación á escape, que no estoy para perder el tiempo.

GUA. Voy yo mismo volando. (Vase el guardia, cerrando la puerta. Durante un rato quedan, la Reina asombrada en un rincón, y Maristela paseando rápidamente arriba y abajo.)

ESCENA XII

La REINA.—MARISTELA.—Al fin, el GUARDIA.

REI. Parece que está usté agitada y nerviosa.

MARI. Si le parece á usté que va á entrar una en la cárcel cantando tirolesas...

REI. Como, por lo visto, usté tiene costumbre...

MARI. Costumbre... Costumbre.. Pero ¿usté cree que puede una acostumbrarse á que un día sí y otro también la mezclen aquí con la gentuza?

REI. ¡Señora!

MARI. ¿Qué hay?

REI. Que me parece que eso es faltar.

MARI. Pues tómelo usté por donde quiera.

REI. Es que... también me parece que no sabe usté con quién habla.

MARI. Ni falta que me hace. Pero cuando está usté aquí será por algo.

REI. También usted está

MARI. Es que yo .. soy yo.

REI. Ya me lo figuro.

MARI. Pero, vamos á ver, ¿es que usté no me conoce?

REI. No, señora.

MARI. Pues es usté la única persona de la ciudad que no tiene ese gusto.

REI. ¿Quién es usté?

MARI. ¿Yo? ¡La Reina!

REI. ¡La Reina! ¡Ja ja ja!...

MARI. ¡Qué! ¿Se ríe usté de que una Reina haya venido á la comisaría entre guardias?

REI. No; de eso no. Eso ya sé que puede ser.

MARI. Y tanto como puede ser. Como que así vengo yo casi todas las tardes. Lo que hay es que me sueltan en seguida.

REI. ¡Claro! Tratándose de la soberana...

MARI. Nada de chunga, ¿eh? Que así me anuncian en los carteles: ¡La reina del bock! ¿Y sabe usté por qué? Porque en el cafetín del Aguila Roja, donde trabajo hace seis meses, me bebo un barril de cerveza cada noche.

REI. ¡Ah, vamos!

MARI. Pero la gente ha suprimido lo del bock, y no me llaman más que «La Reina». ¡Y menudas ovaciones me hace el pueblo!

REI. Pues en la jarana de hoy me parece haber oído unos mueras.

MARI. Pero eran á la otra. A mí no me dan más que vivas.

REI. Vaya, pues estamos las dos de enhorabuena.

MARI. ¿Usté?... ¿por qué?

REI. Porque siendo usté tan popular... podrá usté buscarme un fiador.

MARI. Según y cómo. ¿Usté por qué está presa?

REI. Por... creo que por vender juguetes sin sello y por faltar al respeto al jefe de policía.

MARI. ¡Bah! Eso no es nada. Más grave es lo mío y no tardarán en venir á sacarme.

REI. ¡Ah! ¿Es grave lo de usté?

MARI. Eso dicen. Ya ve usté, cantar en el cafetín coplas contra la monarquía. Pero, señor, ¡si el público las pide! ¡Que prendan al público!

REI. Naturalmente.

MARI. La verdad es que hay algunas que levantan verdugones. Me las hace un empleado de palacio que sabe muchas cosas.

REI. ¿Sí? ¡Qué gracioso?

MARI. El hombre es agradecido, y como le saqué yo el empleo...

REI. ¿Usté?

MARI. ¡Anda! Yo he empleado á muchísima gente. ¿No ve usté que ese amigo á quien he mandado la tarjeta es un personaje de muchas campanillas?

REI. ¡Hola!

MARI. ¿No ha oído usté nombrar á un consejero que se llama... (La habla al oído.)

REI. Sí.

MARI. Pues ese es.

REI. ¿Un señor gordo, muy formal, muy rígido, que hace unos discursos tremendos defendiendo la moral y la religión, y que no puede asistir nunca á los bailes de palacio porque ha hecho voto de rezar el rosario todas las noches?

MARI. Sí, señora; de rezarle todas las noches... en mi casa.

REI. ¿Qué me cuenta usté?

MARI. Pero, hija, ¿es que viene usté de la China? ¡Si eso lo sabe todo el mundo.) (Fingiendo que oye ruido en la puerta.) Ya están ahí, ¿no lo dije? Le escojo siempre á él porque es el que vive más cerca. (Se abre la puerta y aparece el guardia.)

GUA. Puede salir la Reina.

REI. ¡Gracias á Dios! (Lanzándose á la puerta.)

MARI. (Deteniéndola.) ¡Eh! ¿Qué es eso? No vale hacer trampas.

REI. Tiene usté razón. (Bajo á ella.) Sáqueme usté.

MARI. Para que vea usté con quién trata. (Al guardia.) Oye, tú, ésta es mi doncella, ¿sabes? La han traído aquí por equivocación. Yo res-

pondo de que el señor á quien has llevado la tarjeta es su fiador también.

GUA. En ese caso ..

MARI. (A la Reina.) Toma, llévame el abrigo.

REI. ¡Yo! ¡El abrigo!

MARI. Y cuidadito con que lo arrugues. Andando.

REI. (Tomando el abrigo.) ¡Yo te juro que me las paga el señor consejero!

MARI. (Al guardia, al salir.) ¡Cuádrate, animal, que pasa la Reina!

GUA. (Obedeciendo en broma.) ¡Olé! ¡Viva la Reina!

REI. (Saliendo.) Muchas gracias. (Vanse. Ciérrase la puerta. Empieza la música.)

Mutación.

CUADRO QUINTO

El cafetín del Aguila Roja.—Mostrador á la izquierda. Puerta grande en el fondo y un ventanal á cada lado.

ESCENA XIII

La REINA y MARISTELA junto á un velador en primer término derecha.—FRUTOS y el HOSTELERO en otro primer término izquierda. Junto á los demás veladores, parroquianos de ambos sexos y distintos pelajes. Sirven camareras.

Música.

CORO. Cántanos una
copla cualquiera,
picante y fina
si puede ser.

MARI. Sí que lo haría,
si no supiera
que á la salida
me han de prender.

HOM. No te disculpes,
que ya sabemos
que tú te ríes
de la prisión.

MUJ. Y que nosotras,
si no te sueltan,
armamos una
revolución.

TODOS. Anda y no temas
una venganza,
que todos somos
de confianza.

MARI. La copla es de manera
que no me atrevo, no.
REI. Cántela usté, siquiera
para que la oiga yo.
CORO. Si callas tú, la noche
no es nada divertida.
MARI. Pues vaya *sotto vocce*
la canción prohibida.
CORO. Atención y silencio
del principio hasta el fin,
que no se oiga una mosca
en todo el cafetín.

.....

MARI. ¡Miau!
esta es la historia
que me han contao:
Un infeliz, hace dos años,
vino á la corte á pretender,
y á la antesala del ministro
mandaba siempre á su mujer.
Ella trabajó,
ella se movió
y hoy el maridito ya es un personaje
que me río yo
Pero cuando en coche
sale á pasear,
cualquier granujilla
le dice al pasar:
¡Miau!
verde y con asas...
ya te he calao.
CORO. Visto por detrás,
visto del revés,
no me digas más
que ya sé quién es.
MARI. ¡Miau!
esta es la historia
que me han contao.
Hay un político eminente,
que estando lejos del Poder
dice que es bravo y es valiente
y que va á hacer y acontecer.

Luego el infeliz
dobla la cerviz
y hay quien le maneja con un cordelito
detrás del tapiz.
Pero cuando en coche
sale á pasear
cualquier granujilla
le dice al pasar:
¡Miau!
verde y con asas
ya te he calao.

CORO. Visto por detrás,
visto del revés,
no me digas más,
que ya sé quién es.

Hablado.

REI. Pero nada de eso va contra la monarquía.

MARI. Contra la monarquia irá otra cosa. Paciencia, hija. Ya se ve que la tienes tomada con el trono.

REI. ¿Sí? ¿se ve de veras?

FRU. (Al hostelero.) Oiga, buen amigo, ¿esa joven es también de los nuestros?

HOST. ¿No lo ha comprendido usté?

FRU. Entonces... ¿se podrá darla un abrazo? (Intentando acercarse.)

HOST. (Deteniéndole.) No; no se podrá. Déjese usté de niñerías y vamos á lo importante.

FRU. ¡Ah! ¿tenemos que hacer algo importante?

HOST. (Levantándose.) Compañeros, ¿hay entre vosotros algún extraño?

VOC. DIST. ¡Nadie! No, nadie.

MAR. Ese que te acompaña.

HOST. De éste yo respondo.

FRU. Gracias. (¿Qué querrá decir esto?)

HOST. ¿Y esa que te acompaña?

MAR. Respondo de ella. Viene conmigo de la cárcel.

FRU. (¡Pues sí que es una garantía!)

HOST. (A un parroquiano, que obedece.) Rojo, vigila la puerta. Y vosotros, oid: ha llegado el

momento de que cesen los motines y las algaradas, que á nada conducen. Todos los gobiernos son igualmente malos y se impone una transformación política más radical y más honda ¡El cambio de régimen!

REI. (¡Eh! ¿Qué dice?)

HOST. Aquel de vosotros que no esté conforme, que lo diga.

FRU. (Este hombre, ¿será de la policía ó no? Me parece que me cortan el cuello.)

HOST. Todos calláis. Está bien. Y al acabar con la monarquía hay que hacerlo de una manera decisiva y rápida.

REI. (¡Dios mío! ¿Quién es esta gente?)

HOST. Acabo de recibir órdenes del comité internacional. Nuestro grupo ha sido el designado. Hay que matar á la Reina.

FRU. (¡Caracoles!)

REI. (Levantándose instintivamente.) (¡Qué barbaridad!)

MARI (Obligándole á sentarse de nuevo.) Déjalo. ¿A ti qué te importa?

HOST. El que no esté conforme que lo diga. (Pausa.)

REI. (Todos están conformes. Pues sí que soy popular de veras.)

HOST. Muy bien. Lo esperaba. Y la acción ha de ser personal y directa para evitar víctimas inútiles. La suerte designará al que ha de sacrificarse por todos. (Saca un carnet y un lápiz.) Mi nombre el primero.

MARI. ¿Qué te pasa? ¿Tienes miedo? Tranquilízate. Las mujeres no entramos.

REI. ¡Ah! ¿no entramos?

MARI. Y lo siento, porque yo daría el golpe con mucho gusto.

REI. ¿Sí? (¡Qué amiguitas tiene el consejero!)

FRU. ¿Va usté á apuntar mi nombre también?

HOST. Naturalmente. ¿No viene usté enviado por el comité?

FRU. ¡Ah, sí! es verdad. (¿Para qué habré yo dicho tonterías?)

HOST. ¿Qué pongo?

FRU. Ponga usté... «el náufrago». Por si acaso no me conviene que se sepa en España... (En ninguna rifa ha salido mi número. ¿Qué apostamos á que ahora tengo esa suerte?)

(Mientras el hostelero va de mesa en mesa apuntando nombres, la Reina se acerca á Frutos)

REI. Oiga usté, amigo. Usté estaba con la policía cuando me prendieron, ¿no?

FRU. (Asustado.) Sí; sí señora, ¡pero no diga usté nada!

REI. Eso prueba que usté es...

FRU. ¡Chist! Yo no sé lo que soy. Me veo y no me veo.

REI. Y... ¿qué haría usté si estuviera en el lugar de la Reina?

FRU. ¿Yo? Rezar el Credo. Estos son muy brutos.

REI. (Sí que lo son; y á cualquiera que le toque... ¡Ah! ¡ya sé!) (Alzando la voz.) Ciudadano, aguarda. ¡No sigas haciendo la lista!

HOST. ¿Por qué?

REI. Porque hay un voluntario.

HOST ¿Qué dices?

REI. Eso. Que aquí hay una persona que se compromete á dar el golpe jugándose la vida.

HOST ¿Quién? ¿Ese hombre?

FRU. ¡No, caramba! ¡Que yo no juego!

REI. No es éste. Soy yo.

TODOS ¿Eh?

REI. Yo; sí. ¡Yo me ofrezco á matar á la Reina!

HOST ¿De qué modo?

REI. Eso es cuenta mía.

HOST ¿Cuándo?

REI. Ahora mismo.

HOST. ¿Podrás entrar en palacio?

REI. Entraré.

HOST. ¿Sabes que si no cumples tu palabra tienes pena de muerte?

REI Lo supongo. Pero os aseguro que no me temblará la mano. Esperad. (Todos abren paso. La Reina se va rápidamente por la puerta del fondo.)

FRU. ¡Esta mujer está loca!

MARI. ¡Y era esa la que se asustaba!

HOST. (Desde la puerta.) Allá vá resuelta y decidida. ¡Otro mártir de la idea! Compañeros, ¡que nuestro espíritu la acompañe!

ESCENA XIV

DICHOS, menos la REINA.

Música.

(Durante el número, y aprovechando la primera ocasión, Frutos escapa por el foro.)

HOST. ¡Libertad!
HOST. Y CORO. ¡Libertad!
tú eres el acicate
de la humanidad.
Redentores de pueblos, cantemos
á la libertad.
HOST. Es preciso que el tirano
llegue al fin á comprender
que no sufren las cadenas
los que las saben romper.
HOST. y CORO ¡Libertad!
CORO. ¡Libertad!
tú eres el acicate
de la humanidad.
Redentores de pueblos, cantemos
á la libertad.
HOST. Los que van al sacrificio
á salvar á todos van.
Roto el primer eslabón
los otros le seguirán.
HOST. y CORO. ¡Libertad!
CORO. ¡Libertad!
tú eres el acicate
de la humanidad.

Mutación.

CUADRO SEXTO

Una galería de Palacio.

ESCENA XV

FRUTOS.—El OFICIAL.—Luego el primer MINISTRO.

Hablado.

FRU. Que le digo á usté que tengo que entrar; que traigo un servicio importante y urgente.

OFIC. Pero dígamelo usté á mí.

FRU. No puede ser. La cosa es muy grave.

OFIC Pero, ¿quién es usté?

FRU. ¿No le digo á usté que de la policía?

OFIC. No basta decirlo ¡Ea! Atrás. A la calle.

FRU. Bueno, pues usté será responsable de lo que ocurra.

MIN. (Saliendo.) ¿Qué es eso, señor Moncada?

OFIC. Este hombre que se empeña en entrar.

MIN. ¿A quién busca?

FRU. A cualquiera persona importante: á un ministro, á un general, á un intendente... ¡Vengo á salvar á la Reina!

MIN. ¿A salvar á la Reina? Sujétele usté bien, que está loco.

FRU. ¡Que no estoy loco, caramba! ¡Que acaba de entrar en Palacio una mujer decidida á asesinar á Su Majestad!

MIN. ¡Qué dice!

FRU. Corran ustedes, que estoy seguro.

MIN. ¡Al calabozo con él, por si acaso!

FRU. ¿Yo? ¿Al calabozo? Pues si no corren ustedes van á llegar tarde. (Estampido fuerte dentro.) ¡Zambomba! Ya no hay remedio.

MIN. y OFIC. (Corriendo hacia el sitio donde sonó la detonación.) ¡Era verdad!

FRU. (Huyendo por el lado contrario.) ¡Ay, ay! ¡Que se hunde el edificio!

Mutación.

CUADRO SEPTIMO

El cafetín del cuadro quinto.

ESCENA XVI

TODOS LOS PERSONAJES

(Música en la orquesta hasta el final.)

HOST. Ha sido una bomba. (Mirando desde la puerta.

MARI. No; ha sido un cañonazo.

HOST. Esperad. La guardia se forma á la puerta.

TODOS. ¿Eh?

HOST. Y sale la Corte.

MARI. ¿Sabéis lo que creo? Que la vendedora de juguetes sabría la salida de la Reina, y espera entre los grupos para dar el golpe.

HOST. No; los soldados cierran las bocacalles... ¡Maldición! ¡nos han vendido!... ¡La Reina!

(Aparece la Reina en la puerta del fondo, con el traje del segundo cuadro. La siguen la Camarera mayor, el Oficial y el primer Ministro. Tras ellos quedan los cortesanos y cubriendo la calle la guardia. Todos los parroquianos han retrocedido agrupándose en los costados)

MARI. ¡Era la Reina!

HOST. ¡Estamos perdidos!

REI. No; estáis salvados y yo también. Vuelvo á deciros que he cumplido mi palabra. La Reina ha muerto.

HOST. ¿Cómo?

REI. La que ahora ocupa el trono es otra Reina. Otra que conoce de cerca á sus vasallos y ha aprendido en la calle á gobernar á su pueblo.

MIN. ¿Qué dice?

REI. Caballero oficial, prended á ese hombre. (Señalando al primer Ministro.)

MIN. Señora, yo...

REI. Silencio. ¡En marcha!

HOST. Ciudadanos, ¡viva la Reina!

TODOS. ¡Viva!

TELON

OBRAS DEL MISMO AUTOR

«Las modistillas», sainete en un acto y en verso.
«El grillo, periódico semanal», ídem íd. íd.
«La gente menuda», ídem íd. íd.
«El baile de máscaras», ídem íd. íd.
«Somatén», zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Caballero.
«La señá condesa», juguete cómico en un acto y en verso.
«La puerta del infierno», zarzuela en un acto y en verse, música del maestro Jiménez.
«La moral casera», comedia en dos actos y en verso.
«La lavandera», sainete en un acto y en verso.
«Lucifer», zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Brull.
«La obra» juguete cómico en un acto y en verso.
«El gran mundo», zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Brull.
«Paca la pantalonera», sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Brull.
«La revista nueva ó la tienda de comestibles», sátira en un acto, en prosa y verso, música de los maestros Chueca y Valverde.
«La clase baja», revista en un acto y en verso, en colaboración con D. José López Silva, música del maestro Brull.
«Sociedad secreta», zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Carlos Arniches, D. Celso Lucio y D. Fernando Manzano, música del maestro Brull.
«La baraja francesa». sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Valverde.
«La república de Chamba», zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Jiménez.
«Los pájaros fritos», sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Valverde.
«La casa encantada», zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Caballero.
«El toque de rancho», zarzuela en un acto y en verso, música de los maestros Marqués y Estellés.

«El ordinario de Villamojada», zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Valverde, hijo.

«El murciélago alevoso», zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Luis Ansorena, música del maestro Estellés.

«El ama de llaves», juguete cómico en un acto y en verso.

«La procesión cívica», zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor, música del maestro Marqués.

«El aquelarre», zarzuela de espectáculo en un acto, en prosa y verso, música del maestro Marqués.

«La reina de la fiesta», zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor, música del maestro Torregrosa.

«Los inocentes», revista en un acto, en prosa y verso, en colaboración con D. José López Silva, música del maestro Estellés.

«La madre abadesa», boceto lírico en un acto, en prosa y verso, música de los maestros Brull y Torregrosa.

«La zarzuela nueva», zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Torregrosa.

«La vacante de Cañete», sainete en un acto y en prosa, en colaboración con D Emilio Sánchez Pastor.

«Los altos hornos», zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Lope.

«El beso de la duquesa», zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Chapí.

«Los mineros», zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Torregrosa.

«La espuma», comedia en un acto y en prosa.

«El galope de los siglos», humorada satírico-fantástica en un acto, en prosa y verso, música del maestro Chapí.

«Ligerita de cascos», zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Torregrosa.

«Lucha de clases», zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Joaquín Abati, música del maestro Montero.

«Mangas verdes», zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Montesinos.

«El siglo XIX», revista lírica en un acto, en prosa y verso, en colaboración con D. José López Silva y D. Carlos Arniches, música del maestro Montesinos

«Jaque á la Reina», zarzuela en un acto y prosa, música del maestro Montero.

«Don César de Bazán», zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Montero.

«Tierra por medio», zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Joaquín Abati, música del maestro Chapí.

«Quo vadis...?», zarzuela de magia disparatada en un acto, en verso y prosa, música del maestro Chapí.

«Las caramellas», zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Morera.

«¡Plus ultra!» (segunda parte de la zarzuela de magia disparatada *Quo vadis...?*), en un acto y en prosa, música del maestro Chapí.

«La leyenda dorada», revista fantástica en un acto, en prosa y verso, música del maestro Chapí.

«Su Alteza Imperial», zarzuela en tres actos, en verso y prosa, música de los maestros Vives y Morera.

«El rey mago», cuento para niños, en un acto y en prosa, música del maestro Chapí.

«La obra de la temporada», zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Valverde, hijo.

«El placer de los dioses», zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Pérez Soriano.

«El paraíso de los niños», zarzuela fantástica infantil, en un acto, prosa y verso, en colaboración con D. Carlos Arniches, música del maestro Valverde, hijo.

«La tribu malaya», zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Vives.

«La infanta de los bucles de oro», cuento infantil, en cuatro cuadros y en verso, música del maestro Serrano.

«Los bárbaros del Norte», zarzuela fantástica en ocho cuadros, en verso y prosa, música de los maestros Chapí y Valverde.

«Mari-Gloria», boceto de comedia lírica, en un acto y en prosa, música de los maestros Valverde.

«El carro de la muerte», zarzuela fantástica extravagante, en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, música del maestro Barrera.

«La balsa de aceite», zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Lleó.

«El talismán prodigioso», zarzuela fantástica, en un acto, dividido en cinco cuadros, en verso, música del maestro Vives.

«La ilustre fregona», zarzuela fantástica, en un acto, dividido en siete cuadros, en prosa, música del maestro Calleja.

«Las calderas de Pedro Botero», zarzuela fantástica, en un acto, dividida en siete cuadros, música del maestro Chapí.

«La moral en peligro», zarzuela en un acto, dividido en dos cuadros, en prosa, música del maestro Lleó.

«El diablo con faldas», comedia con música en un acto y en prosa, música del maestro Ruperto Chapí.

«Cabecita de pájaro», cuento infantil en un acto, dividido en siete cuadros, en prosa.

«El bebé de París», zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Lleó.

«Faldas por medio», sainete trágico en un acto y en prosa.

«La perla del harem», cuento de damas, con adornos musicales del maestro Calleja.

«Mano de santo», zarzuela en un acto, dividido en cinco cuadros, en prosa, música de Rafael Calleja.

«Sansón y Dalila», comedia en dos actos y en prosa.

«Gloria in excelsis», revista fantástica en un acto, dividido en cuatro cuadros, música de Amadeo Vives.

«El palacio de los duendes», zarzuela en un acto, dividido en cuatro cuadros, música de Vives y Serrano.

«Las dos reinas», zarzuela en un acto, dividido en siete cuadros, música de Rafael Calleja y Tomás Barrera.

Precio: UNA peseta.